

amenazas, era una suspensión de hostilidades. El virey rehusó escuchar á Jimenez, pero no se descuidó en hacer conocer al público lo que ya sabia por las inteligencias que mantenía en el campo enemigo, y esto hizo que tomasen aliento los españoles, que lo habían perdido por las últimas ocurrencias. Su espíritu abatido se repuso aun mas por la retirada de Hidalgo, que entre el 2 y 3 de noviembre levantó el campo con el designio de regresar á Valladolid. Entre tanto el virey, que ignoraba dónde se hallaba Calleja, mandaba los correos uno tras otro, dando y repitiendo sus órdenes para que se acercase á la capital y viniese á socorrerla.

El ejército del general Calleja se formó de las fuerzas de su brigada, de las que levantó extraordinariamente en ella, y de la division que el virey habia puesto á las órdenes del conde de la Cadena. Este último recibió órdenes de Méjico para efectuar luego que pudiese su reunion con Calleja, y despues de haber convenido ambos gefes en los medios de verificarlo, se señaló el pueblo de Dolores como punto sobre el cual deberian avanzar dichas divisiones. El 21 de octubre salió Flon de Querétaro, y el 23 entregó la division y su mando á Calleja en el espesado pueblo. Estas fuerzas se movieron inmediatamente sobre Méjico, y el proyecto primero fué dirigirse por Celaya y Acámbaro á Toluca; pero se varió despues por los avisos repetidos que dió el comandante de Querétaro, Garcia Rebollo, de hallarse amenazada la ciudad según se creia por el grueso de las fuerzas de Hidalgo, que se hallaban sin embargo muy distantes. Se destacó, pues, una columna de caballería del ejército de mil seiscientos caballos y se ordenó á su comandante D. Manuel Pastor que forzase sus marchas para llegar á tiempo; pero ni era el grueso del ejército insurgente el que amenazaba á la ciudad, ni Pastor llegó sino cuando el ataque habia pasado.

Un paisano llamado Sanchez que habia tomado partido por Hidalgo, fué el que se presentó delante de Querétaro con una multitud desarmada de indios que llegaría á seiscientos hombres, los cuales se dispersaron al primer cañonazo que se disparó del fuerte de la Cruz, dejando algunos muertos. Calleja entró en Querétaro el dia 1.^o de noviembre; despues de un dia de descanso continuó para Méjico, y al llegar el 6 á las inmediaciones de Arroyozarco tropezó con algunas avanzadas de Hidalgo que ignoraban la aproximacion de las fuerzas españolas, como éstas ignoraban la de aquellas. Calleja dispuso entonces que una partida de mil doscientos caballos á las órdenes del coronel D. Miguel de Emparán saliese á reconocer los campos y pueblos de las inmediaciones, para adquirir noticias en orden á la situacion, número y calidad de las fuerzas insurgentes. Cuando esta descubierta regresó al

campo, su gefe informó que Hidalgo se hallaba con poco mas de cuarenta mil hombres en el pueblo de Aculco y sus inmediaciones, y que careciendo esta fuerza de armamento, orden y disciplina, parecia poco temible.

Con estas noticias Calleja se aproximó y sentó su campo á dos leguas de Aculco, donde pasó la noche dando sus disposiciones para atacar el dia siguiente.

La posicion de Hidalgo, según la describe el mismo Calleja, consistia en una loma casi rectangular que dominaba el pueblo de Aculco y toda la campiña por los dos lados de Oriente y Norte, circundada de un arroyo y barranco poco practicables aun para la infantería: de los otros dos lados, situados al Poniente y Sur, el menor de cuatrocientos varas, se hallaba sobre un cerro alto, aislado entre la sierra y montes espesos, y el mayor de unas mil y quinientas varas, era el principio de una falda muy suave de la misma sierra que á distancia de media legua empezaba ya á ser escabrosa y difícil. La formacion de las fuerzas insurgentes era la de batalla en dos lineas y entre ellas una figura oblonga llena de gente, toda sobre la loma, y la artillería á los bordes de ésta. El ejército español formó su cuerpo de ataque en cinco columnas, tres de las cuales se hallaban en el centro y las otras dos á los flancos: la reserva se formó en dos lineas con el nombre de primera y segunda, y dispuesto todo se dió la orden de marcha, simulando un ataque sobre la izquierda y estendiéndose por la derecha para cortar la retirada al mismo tiempo que se acometia el centro, que formaba la verdadera columna de ataque. La artillería de Hidalgo, mal servida y peor situada, no produjo efecto alguno, de manera que los españoles marcharon sin tener que vencer otros obstáculos que los naturales hasta ponerse á tiro de fusil de la posicion enemiga, que fué por el centro atacada á la bayoneta y tomada en el momento. Entonces la caballería de los flancos y la de reserva, dividida en varias partidas, recibió la orden de perseguir á los fugitivos, en los cuales hizo grandes destrozos, que habrian sido mayores si la aspereza del terreno no hubiese impedido seguirlos á mayor distancia. La victoria fué fácil, pronta y completa; por ella se recobraron los cañones que habia perdido Trujillo, se tomaron otros doce, todo el parque y una multitud de armas de todas clases: á ella tambien debieron su libertad el intendente Merino y los coronels Rul y Garcia Conde: todos los gefes insurgentes lograron escapar, y por caminos de vereda llegaron unos á Guanajuato y otros á Valladolid, pero ya muy debilitado el concepto que disfrutaban y el prestigio que una serie no interrumpida de felices sucesos habia acumulado sobre ellos. La victoria de Aculco, muy ventajosa sin duda al gobierno de

los españoles, no podía decidir de la suerte de la revolucion, que obtenia ventajas al mismo tiempo que sufría derrotas, y compensaba las unas con las otras.

Mientras las masas de Hidalgo que fueron sobre Méjico, se disipaban, se perdian para los españoles las ciudades de Guadalajara, San Luis Potosí y Zacatecas, y con ellas las provincias de que eran capitales. Gobernaba la ciudad de Guadalajara el brigadier D. Roque Abarca, y luego que supo los movimientos de Dolores, de acuerdo con la audiencia que era presidente, nombró una junta de guerra para consultar y dirigir la defensa que se intentaba de la ciudad y provincia. Se empezó por llamar las fuerzas que se hallaban en Tepic y puerto de San Blas, poner bajo el pié de guerra el batallon provincial, y levantar algunas compañías de voluntarios, compuestas de estudiantes y dependientes de las casas de comercio. El obispo diocesano Ruiz de Cabañas no creyó que hacia bastante con la exhortaciones y preceptos á su clero para que predicasen contra las insurreccion y sus gefes, sino que levantó un cuerpo militar que llamó *cruzada*, compuesto en su mayor parte de eclesiásticos seculares y regulares que a son de campana se reunian en la casa episcopal, de donde salian armados, montados y en formacion, capitaneados por el prelado y precedidos de un estandarte con cruz roja, para ejercitarse en el manejo del arma y en las evoluciones militares.

Mientras en Guadalajara se tomaban estas medidas de defensa y precaucion, un hombre sencillo, habitante del campo y honrado en toda la estension de la palabra, llamado D. José Antonio Torres, persuadido de ser llegado el caso de libertar á su patria, levantó una partida que armó á su costa y se situó en las inmediaciones de la Barca. El gobierno de Guadalajara temiendo que esta fuerza se engrosase, hizo salir contra ella dos divisiones, cada una de quinientos hombres: la primera se puso á las ordenes del oidor D. Francisco Recacho, y la segundá á las de D. Tomás Villaseñor, hacendado rico á quien se dió el grado de teniente coronel. Torres batió el día 3 de noviembre, completamente la division de Recacho en las inmediaciones de la Barca, de manera que éste no pudo ni aun fugarse, y se refugió á la casa del cura; pero no creyéndose tampoco seguro en ella, logró salvarse de una manera que hoy parecerá, con especialidad en Europa, absolutamente increíble, y fué que el cura de la Barca tomó la custodia en que se espone públicamente el Sacramento, entró en un coche con ella llevando á Recacho á su lado, y caminó de esta manera hasta Guadalajara entre los insurgentes, no solo sin obstáculo, sino recibiendo los honores que por Ordenanza deben hacerlos militares al Sacramento cuan-

do sale públicamente. Despues de la ventaja obtenida en la Barca por Torres, Portugal y Navarro, gefes tambien insurgentes se dirigieron á Zacualco, donde hallaron y batieron la division de Villaseñor, quedando éste y cuantos la componian prisioneros, y sin pérdida de momento avanzaron todos sobre Guadalajara.

En esta ciudad á la primera noticia de haber sido derrotadas las divisiones, cayeron de ánimo sus defensores: el presidente Abarca se ocultó, el obispo se fugó precipitadamente á San Blas haciendo á sus feligreses predicciones funestas que no se cumplieron, y los españoles se dirigieron al mismo punto con sus bienes en una caravana que comandaban los oidores Alba y Recacho, que se apoderaron en todos los pueblos del tránsito de los caudales pertenecientes á la hacienda pública. En la ciudad no quedaban otras autoridades que la Audiencia y el Ayuntamiento, y esta última en representacion del vecindario nombró comisionados para que saliesen á poner la ciudad á disposicion de Torres, y ajustar con él un convenio por el cual quedasen á salvo las vidas y propiedades de sus habitantes. Este gefe se prestó á cuanto se exigió de él, ocupó á Guadalajara con sus fuerzas el día 11 de Noviembre, é inmediatamente declaró á las autoridades que podian continuar en el ejercicio de sus funciones, que él era un hombre que no conocia la marcha de los negocios, ni entendia los asuntos de gobierno, y que por lo mismo se hallaba resuelto á no tomar parte en ellos, ni embarazar la accion de los funcionarios públicos, limitándose á defender la ciudad contra los españoles en caso de ser atacada.

Si el hombre que se apoderó de Guadalajara era recomendable bajo todos aspectos, el que lo hizo de Zacatecas debe considerarse como un facineroso verdadero. En esta ciudad se supo el pronunciamiento de Hidalgo á fines de setiembre, é inmediatamente los principales españoles avecindados en ella, se reunieron en la casa del intendente D. Francisco Rendon para tratar de los medios de defensa y pedirle se confiase á ellos esclusivamente la custodia de la ciudad. El intendente se prestó á todo, y en consecuencia se procedió al acopio de armas y dinero, y á levantar el cuerpo de voluntarios, compuesto como en todas partes de los dependientes de las casas de comercio, casi en su totalidad españoles. El ardor que se manifestó en los primeros dias decaia visiblemente á proporcion que la empresa de Hidalgo progresaba, de manera que cuando éste tomó á Guanajuato los defensores de Zacatecas no pensaron ya sino en salvarse, y su temor era tan grande que se recataban unos de otros para la ejecucion de este designio.

Desde principios de Octubre empezaron á desaparecer al-

gunos españoles con sus caudales y familias, dirigiéndose á Altamira para embarcarse, y ya el día 7 la ciudad se hallaba evacuada completamente por la ausencia de sus defensores. Como el intendente Rendon era uno de los que se habian ausentado, el Ayuntamiento creyó que se hallaba en el caso de llenar el vacío que resultaba en la autoridad, y nombró para desempeñarlo al conde de Santiago de la Laguna, que se allanó á ocupar el puesto interinamente. La ciudad permaneció tranquila, y en una especie de neutralidad hasta fines de Octubre en que se presentó en Aguas-Calientes con el designio de ocuparla una partida compuesta de hombres desnudos, sin arreglo, sin disciplina ni armas, á las órdenes de un jefe que entonces se hacía llamar Iriarte, y en diversas épocas anteriores habia sido conocido con los nombres de Martínez y Lalton.

Ni Iriarte ni los que se hallaban bajo de su mando podian inspirar confianza al vecindario de Zacatecas; pero como se carecia de fuerzas para impedir que ocupasen la ciudad, el Ayuntamiento y el intendente procuraron entrar en composicion y sacar todo el partido posible. Al afecto nombraron en clase de comisionados al doctor D. José María Cos, y al presbítero D. Manuel de las Piedras, los cuales lograron impedir los males que justamente se temian. Este procedimiento necesario en las circunstancias y por el cual la ciudad de Zacatecas salvó los bienes y personas de sus habitantes, indispuso mucho al virey, que descargó su cólera contra los negociadores señalándose especialmente con Cos, á quien mandó prender y encausar, rehusándole el pasaporte que pedia para España, á donde pensaba retirarse para no verse comprometido con ambos partidos, cuyos excesos reprobaba. Estas violencias lo obligaron á tomar partido por la insurreccion, á la cual prestó importantes y señalados servicios.

La revolucion de San Luis Potosí fué obra de fray Luis Herrera, que tomó partido por Hidalgo en Celaya y se separó de él á pocos dias con instrucciones para espiar á Calleja, seducirle el todo ó parte de la tropa si era posible, y dar avisos repetidos de todos sus movimientos y ser menos reconocido. Herrera cambió el traje de fraile por el secular, y marchó á su comision; pero apenas habia llegado á las inmediaciones del Jaral, cuando las partidas de Calleja lo detuvieron é hicieron sufrir un interrogatorio en el cual se manifestó embarazado por no hallarse prevenido para él. Calleja necesitaba poco para tener á un hombre por sospechoso, y visto lo ocurrido con Herrera no vaciló en hacerle prender y conducir á la cárcel pública: entonces éste conociendo la imposibilidad de evadirse declaró ser fraile, y se le mandó condu-

cir al convento del Cármen, de donde logró salir á los pocos dias para el de su orden de San Juan de Dios, siempre en clase de arrestado y bajo la fianza de su prelado y comunidad.

Luego que Calleja salió en persecucion de Hidalgo, Herrera, de acuerdo con fray Juan Villeras, tambien juanino, volvió á sus antiguos proyectos de sustraer á San Luis Potosí de la dominacion española; pero la cautela con que se veia precisado á proceder no le permitió adelantar mucho los primeros dias, hasta que á principios de de Noviembre logró que un oficial de lanceros de San Cárlos llamado D. Joaquin Sevilla y Olmedo, otomase parte en la conjuracion. Este esperaba las ocasiones de poder seducir la guarnicion, y cansado de aguardarlas, la noche del 10 de Noviembre se resolvió á uno de aquellos pasos atrevidos en que el éxito es dificil, pero una vez logrado es decisivo: aguardó pues en una de las calles á que pasase una patrulla, y á nombre del jefe de la plaza le dió orden de que lo siguiese para evacuar una comision importante; los soldados que la componian obedecieron sin dificultad y lo mismo hicieron los de otra que encontraron despues. Con esta fuerza se aproximó Sevilla al convento de San Juan de Dios, donde se le reunieron los frailes Herrera y Villeras, y ya unido con ellos se presentó en el del Cármen, cuyas puertas se hizo abrir á pretexto de pedir confesion. Los presos por causas políticas, que eran en número considerable, y entre los cuales se hallaban muchos oficiales de la brigada de San Luis, estaban en este convento, y lo primero que hizo Sevilla fué ponerlos en libertad y caer con su auxilio sobre la guardia que los custodiaba: luego que ésta se rindió, los conjurados se dirigieron á la cárcel y sorprendieron tambien su guardia dando libertad á los que se hallaban en ella. No hubo la misma facilidad para apoderarse del cuartel de artillería, mas á costa de algunas pérdidas se logró vencer todos los obstáculos, y dueños ya de él, los sublevados sacaron diez cañones que asestaron contra la casa del comandante Cortina, en donde éste aun persistia en defenderse; pero á la vista de esta batería se vió obligado á ceder quedando prisionero con la tropa. Al amanecer del día 11 todo estaba terminado sin otro desórden que el saqueo de la casa del comandante, concluido el cual se restableció la tranquilidad pública, quedando la provincia bajo la autoridad de D. Miguel Flores que fué nombrado intendente.

Pero la ciudad de San Luis estaba destinada á sufrir mas de los estraños que de sus propios conjurados: D. Rafael Iriarte, de quien antes se ha hablado, no habiendo podido saquear la ciudad de Zacatecas, resolvió hacerlo con San Luis, y á efecto de lograrlo pidió permiso al comandante Se-

villa, para pasar por esta ciudad con toda su fuerza armada, que preestaba conducir á Guanajuato en auxilio de Allende. Sevilla no tuvo dificultad en concedérselo, y lo recibió y festejó con todas las demostraciones de regocijo propias del caso; pero pagó muy cara su confianza y sus obsequios, porque en uno de los bailes que Iriarte le dió con el pretexto de corresponderle, y al que asistían los frailes Herrera y Villeras, fueron arrestados todos tres, é Iriarte se hizo dueño de las fuerzas con que contaban. Con ellas y con las que había traído desde Zacatecas hizo dar al día siguiente la voz de *mueran los traidores de San Luis*, y ella sirvió de contraseña para comenzar el saqueo, que no acabó sino con la total destrucción de los caudales públicos y particulares. Este hecho atroz fué celebrado con un banquete público al cual Iriarte hizo conducir á Sevilla y Herrera, pues Villeras se había fugado, y despues de haber tenido la bárbara complacencia de hacerles creer que iban á morir, cambió repentinamente de tono, los abrazó, los puso en libertad y los hizo sentar á la mesa, disculpándose de las violencias que contra ellos había ejercido, con decirles que no se había propuesto otro objeto que evitarles fuesen atropellados, por considerárseles como un obstáculo para el saqueo proyectado. En seguida, arrogándose una superioridad que no le correspondía, nombró mariscal á Herrera y coronel á Sevilla, y salió para Guanajuato llevando sobre sí todas las maldiciones de los vecinos de San Luis.

Allende, que como se ha dicho ya, se había situado en Guanajuato desde que Hidalgo levantó en retirada su campo de las inmediaciones de Méjico, hizo cuanto pudo para poner la plaza en un estado de defensa; pero un ejército no se forma en pocos dias, mucho menos cuando los hombres que han de componerlo han sufrido reveses considerables, como había sucedido á los insurgentes en Aculco: además, este general se hallaba vendido por algunas de las personas de quienes había confiado, que ponian en conocimiento de Calleja y del gobierno de Méjico cuanto le hubiera convenido reservar.

Calleja, despues de la victoria de Aculco, regresó á Querétaro y en esta ciudad logró ponerse en comunicacion directa con el alférez real de Guanajuato D. Fernando Perez Marañon, que lo instruyó muy circunstanciadamente de cuanto le convenia saber, así en orden á la fortificacion de la plaza, fuerza, calidad y número de sus defensores, como en orden á las personas con quienes podia contar y la clase de servicios que deberían prestarle. Con estos conocimientos se resolvió á marchar sobre Guanajuato y lo verificó por Apaseo, Celaya, Salamanca é Irapuato. El 23 de Noviem-

bre llegó á las llanuras de Burras, y se situó en Puerto-Molínere, distante cuatro leguas de la cañada de Marfil, y al día siguiente se puso en marcha hácia ella para reconocerla é igualmente las alturas que la rodean: al efecto destinó una parte de su fuerza, que dividida en dos columnas, debia la una atacar dos baterias situadas á la izquierda de la boca de la cañada, y la otra sostener el ataque á la entrada de la misma. El conde de la Cadena encargado de estas operaciones las concluyó en poco menos de una hora apoderándose de cuatro cañones y de los puntos que se le había mandado tomar.

La facilidad y prontitud con que todo esto se practicó animó á Calleja para dar el ataque general que había reservado al día siguiente: dividió pues toda su fuerza en tres cuerpos; el primero á las órdenes del Conde de la Cadena estaba destinado á montar por las alturas de la derecha, apoderarse de los puntos fortificados que en ellas tenían los insurgentes, y caer sobre la ciudad por el cerro de San Miguel; el segundo, que debia mandar el mismo Calleja tenia, por objeto internarse por la cañada de Marfil hasta el punto en que desemboca el camino de Santa Ana, en el cual todavia no podian ofender las minas, montar despues por las alturas de la izquierda, desalojar á los insurgentes de sus diez puntos fortificados y caer sobre la ciudad por el cerro de Valenciana; el tercero á las órdenes del coronel D. Manuel Espinosa debia quedar en la cañada misma para apoyar los movimientos de los otros dos é impedir que los insurgentes cortasen las comunicaciones apoderándose de nuevo de algunas alturas de que hubiesen sido antes desalojados: se destinaron ademas varios cuerpos de caballeria á las órdenes de D. Miguel de Emparán y del conde de San Mateo Valparaíso para perseguir á los dispersos.

Los insurgentes no se defendieron bien porque no sabian hacerlo; pero sostuvieron todos sus puntos con sumo valor hasta rendir en ellos el aliento: grandes pérdidas causaron en las tropas españolas, pero no fueron menores las que ellos sufrieron. El conde de la Cadena los desalojó sucesivamente de todos los puntos que ocupaban en la derecha sobre los cerros del Cubilete, Hormiguero y San Miguel, y se situó en este último para pasar la noche: Calleja hizo lo mismo por la izquierda internándose por las alturas que se hallan entre el camino de Santa Ana y Valenciana, á donde llegó á las cinco de la tarde despues de haber vencido la obstinada resistencia que encontró en todos los puntos y con especialidad en el cerro de Pánuco.

Como Calleja había previsto, los insurgentes trataron de cortar los cuerpos de su ejército é intentaron apoderarse de

nuevo de los cerros que habían quedado á retaguardia; pero el coronel Espinosa frustró este designio. Los gefes insurgentes viéndose desalojados de todos sus puntos y en la imposibilidad de recobrarlos, dieron su derrota por consumada, solo pensaron ya en salvarse y lo verificaron la tarde misma. La fuerza se dispersó, y de los que la componian unos fueron á tener á San Luis, otros á Zacatecas y los mas á Guadalajara sin que nadie los persiguiese. La ciudad quedó pues esa tarde sin gobierno ni autoridades, y en este interregno el pueblo, escitado por los destrozos que se contaba habia hecho Calleja, determinó tomar venganza en doscientos cuarenta y nueve prisioneros, los mas de ellos españoles, que existian en Granaditas.

Este acto de iniquidad provocó en Calleja otro que no lo es menos: al día siguiente despues de haber tomado una batería que se hallaba en el cerro del Cuarto, se dirigió sobre la ciudad y entró en ella á degüello desde Valenciana hasta el barrio de San Roque, donde se mandó cesarlo. El conde de la Cadena habia entrado ya á la ciudad por el rumbo de Carreras y su division no degolló. Luego que Calleja ocupó la ciudad mandó prender á cuantos hombres del pueblo pudieron encontrarse, y reunidos ya en el número que pareció bastante, se procedió á examinar *militarmente* quiénes eran los sospechosos de haber tenido parte en el asesinato de los españoles; doscientos se declararon tales, y diezmadros, fueron pasados por las armas los veinte que resultaron; despues se hizo otro diezmo entre ciento ochenta y los diez y ocho que salieron fueron ahorcados. A la misma pena fueron condenados el intendente Gomez, el profeor de matemáticas Dávalos, y Chovell, Favie y Ayala, tres mejicanos de una instruccion profunda en las ciencias esactas. En el término de pocos dias fueron ejecutados por orden de Calleja doscientas diez personas, y tambien se le acusa de haber convertido en provecho propio sus despojos y los de todos los vencidos. El gobierno politico fué reorganizado de manera que las funciones públicas recayesen todas en personas de la confianza del gobierno español, y quedó por intendente D. Fernando Perez Marañon, sin duda en retribucion de las inteligencias que habia mantenido con el virey y con Calleja de tan buen resultado en la toma de Guanajuato.

Entre tanto el gobierno español y sus partidarios, llegaron á persuadirse que la insurreccion no era mas que un movimiento pasajero debido únicamente á la influencia de los que la habian promovido y acudillado.

Los españoles se obstinaron por el momento en creer partidarios suyos á todos los que no tomaban cartas ostensibles por la insurreccion, y este error de los particulares se con-

virtió en un principio de conducta en el gobierno, el cual llegó á persuadirse que una vez dispersadas las masas que seguian á Hidalgo y sus compañeros, y aprehendidos ellos, el negocio era concluido. En consecuencia, el virey luego que salió por las victorias de Aculco y Guanajuato de los apuros en que lo habia puesto la aproximacion de Hidalgo á la capital, formó un plan por el cual las partidas todas de insurgentes desalojadas de los diversos puntos que ocupaban, fuesen precisadas á reunirse en uno solo, sobre el cual deberia caer el grueso de las fuerzas españolas, y concluir en pocos dias la insurreccion con la aprehension de los gefes y la rendicion y desarme de las masas que los seguian. Como la insurreccion ocupaba casi esclusivamente las provincias de Valladolid, San Luis, Guadalajara y Zacatecas, situadas todas en el centro del vireinato, se acordó formar tres divisiones ó ejercitos que se encargasen de la ejecucion del plan, y que por diversos y aun opuestos derroteros llevasen por delante las masas insurgentes hasta concentrarlas en Guadalajara, y cuando esto se hubiese verificado, caer todas en combinacion y al mismo tiempo sobre esta ciudad, para dar en ella el golpe que se estimaba último y decisivo.

D. Antonio Cordero, gobernador de Coahuila, con las tropas de las provincias internas dependientes del vireinato, debia dirigirse por San Luis y Zacatecas; D. Félix Calleja por Leon, y D. José de la Cruz por Huichapan, Valladolid, la Barca y Zacoalco. Cordero, que era el mas distante fué quien primero se puso en movimiento, y sin encontrar mayor oposicion se hallaba á fines de 1610 en las inmediaciones de San Luis; Calleja se movia lentamente por las poblaciones de la provincia de Guanajuato reduciéndola sucesivamente á la dominacion española. La tercera division á que se dió el nombre de ejército de reserva, se formó de los regimientos provinciales de infanteria de Toluca y Puebla, de dos escuadrones de caballeria de España y Querétaro y de un batallon de marina, y se nombró para mandar estas fuerzas al brigadier D. José de la Cruz.

Este salió de Méjico con la division de reserva, llevando orden de atacar y destruir en Huichapan á los Villagrans, despues tomar á Valladolid, y en seguida unirse con Calleja para atacar á Hidalgo en Guadalajara.

Cuando Villagran supo la aproximacion de esta fuerza abandonó á Huichapan y se retiró al mineral del Doctor, de manera que los españoles ocuparon el pueblo sin oposicion.

Cruz salió de Huichapan el 16 de Diciembre con direccion á Valladolid, y ocupó esta ciudad sin oposicion el 23 del mismo mes, pues Hidalgo se habia retirado sobre Guadalajara para concentrar en ella todas sus fuerzas.

Reorganizado á favor de los españoles el gobierno de Valladolid, se nombró por comandante de la plaza y de la provincia á D. Torcuato Trujillo, á quien se dejó alguna fuerza, y Cruz salió contra una partida de insurgentes compuesta de unos dos mil hombres con poco mas de ochenta fusiles y veintinueve cañones mal contruidos y peor montados. D. Ruperto Mier era el jefe de esta partida, y con ella se resolvió á hacer frente á la division Cruz, de igual fuerza numérica, pero de muy superior calidad; y el objeto que se proponia era el de evitar la reunion de Cruz con Calleja, para que éste sin el refuerzo del otro pudiese ser mas fácilmente batido por las fuerzas de Guadalajara.

Bien conocia Mier lo poco que podia prometerse de los que militaban bajo sus órdenes, y por esto eligió la ventajosa posicion del puerto de Urepétiro, punto dominado de alturas, por debajo de las cuales debia pasar la division española: sobre una de ellas estableció dos baterías, la primera de diez y siete, y la otra de doce cañones, y aguardó á Cruz, que el mismo dia salió de Tlaxcala. Una fuerte descubierta que pretendió atacar la posicion, á poco fué desbaratada y puesta en fuga: entonces Cruz formó dos gruesas columnas de ataque, la una á las órdenes de D. Francisco Rodríguez, y la otra á las de D. Pedro Celestino Negrete: la de Rodríguez sufrió mucho, pero la de Negrete empezó por restablecer la accion y acabó por derrotar completamente el grueso principal de la fuerza de Mier, apoderándose de la altura y de la principal batería, á lo que siguió el abandono de la otra y la total dispersion de los insurgentes.

Esta refriega fué de 14 de enero de 1811; en ella perdieron los insurgentes sus veintinueve cañones y algunos de sus fusiles, tuvieron varios muertos y dejaron espedito á la division española de reserva el paso para reunirse con el ejército del centro, que se hallaba ya en marcha para Guadalajara y no muy distante de esta ciudad.

Hidalgo, derrotado en Aculeo, se retiró casi solo y disfrazado hasta Valladolid, que se mantuvo por él á pesar de sus pérdidas: entró sin embargo de incógnito en la ciudad y permaneció así en casa de la viuda de D. Domingo Allende, hasta que se aseguró de que no correria riesgo de ser entregado á sus enemigos: se presentó despues en la casa del obispo ausente, que eligió para su morada, volvió á tomar el carácter de jefe de la insurreccion y trató de levantar nuevas fuerzas con el objeto por entonces de defenderse en la ciudad. El intendente Ansorena y el coronel Zorarilla, hombres muy activos y ambos de grande influjo por pertenecer á las familias principales de Valladolid, lo pusieron todo en movimiento para levantar cuerpos militares, lograron reu-

nir hasta ocho mil caballos y armar hasta mil doscientos infantes; pero no habiendo un pié veterano, estas fuerzas colecticias no podian ser bien adiestradas en el manejo del arma, ni en las evoluciones militares, sino con mucha lentitud y siempre mal. En 14 de noviembre llegó á Hidalgo la noticia de la toma de Guadalajara por Torres y la invitacion de este jefe, lo mismo que las de Portugal y Navarro, que tambien habian entrado con sus partidas y disputaban á Torres el mando, para que Hidalgo se presentase en la ciudad á mandar las fuerzas de todos.

Esta noticia lo sacó de los apuros en que se hallaba en Valladolid: luego que la recibió determinó ponerse en camino sin pérdida de momento con las fuerzas que tenia reunidas, y se fijó la marcha para la mañana del 17.

Hidalgo salió por fin de Valladolid el 17 de Noviembre y se dirigió á Guadalajara recibiendo en todos los lugares del tránsito, especialmente en Zamora, felicitaciones, donativos, armas y hombres que se le unian para pelear. El dia 24 llegó al pueblo de S. Pedro, lugar de recreo de los vecinos de Guadalajara y distante una legua de la ciudad: las autoridades vinieron á presentársele y ofrecerle sus respetos, y desde allí fué conducido por ellas el 26 en una especie de triunfo que fué celebrado con todas las demostraciones del verdadero regocijo que animaba á los habitantes de una ciudad, en que las tropas insurgentes á las órdenes de Torres habian conservado el orden público y respetado los derechos individuales.

Antes de que Hidalgo llegase á Guadalajara el presbítero D. José Maria Mercado, cura de Ahualulco, habia solicitado y obtenido del comandante Torres la comision de perseguir á los españoles que bajo las órdenes de los oidores Alba y Recacho se retiraban á San Blas. A virtud de ella reunió una partida corta que se fué engrosando en los pueblos del tránsito, de manera que á las inmediaciones de Tepic constaba ya de seiscientos hombres; con ellos ocupó esta poblacion y en ella se le reunió la compañía veterana del lugar que le acompañó á San Blas. Luego que llegó á este puerto intimó la rendicion al comandante D. José Lavalle, amenazándole con incendiar el pueblo en caso de resistencia. Este jefe, con fuerzas muy escasas y aterrorizado por la rapidez del movimiento de Mercado y la defeccion de la compañía de Tepic, entró en capitulacion y por ella salvó las vidas y caudales de los españoles que Mercado ofreció respetar y respetó: así cayó en poder de los insurgentes toda la artillería gruesa y el considerable repuesto de municiones que se hallaba en el apostadero de San Blas.

Entre tanto Allende, derrotado en Guanajuato y dispersa-

da su fuerza, apareció casi solo en Zacatecas: resentido con Hidalgo desde las inmediaciones de Méjico, donde como ya dicho rifieron y se separaron, no quiso por entonces presentarse en Guadalajara y prefirió acogerse á Iriarte, que se hallaba en Zacatecas. Este hombre que bajo pretexto de auxiliar á Guanajuato había logrado introducirse en San Luis Potosí y saquear la ciudad según va dicho, cuando salió de ella para prestar el dicho auxilio se movió con tanta lentitud, que no pudo ó tal vez no quiso llegar á tiempo: en las inmediaciones de S. Felipe supo la derrota de Allende y entonces contramarchó rápidamente á Zacatecas: desconfiado del éxito de la insurrección y deseoso de hacer fortuna aprovechó la ocasión que le ofrecía la contingencia de haber caído en su poder la esposa de Calleja, para entrar en relaciones con su antiguo jefe y vender cara su defección á la causa que había abrazado.

En estos manejos andaba Iriarte cuando Allende se presentó en Zacatecas, y claro es que este desgraciado era por lo menos un embarazo para continuarlos, pues á la larga necesariamente los habría penetrado: lo recibió, pues, Iriarte de una manera muy fría y le corrió algunos desaires que habrían sin duda acabado por entregarlo á Calleja, si Hidalgo sin saberlo no hubiese ocurrido á sacarlo de aquella penosa situación. Este jefe creyó debía ser generoso con su antiguo compañero, y luego que supo dónde se hallaba solo y abandonado, lo invitó á pasar á Guadalajara donde lo recibió prodigándole todo género de consideraciones.

La presencia de Allende en Guadalajara completó en esta ciudad la reunión de los primeros caudillos que habían dado en Dolores y San Miguel la voz de independencia, y todos se dedicaron según sus luces y aptitud, pero con el empeño mas activo, á ponerse en estado de derrocar con golpes decisivos la dominación española.

El orden político se conservó tal como se hallaba, llenándose las vacantes de la Audiencia y otros puestos públicos que habían desamparado los españoles. La imprenta se puso también en ejercicio para sostener la causa de la insurrección y vindicarla, lo mismo que á sus jefes de la nota de irreligiosidad, con que procuraba desopinar á la una y á los otros el gobierno español: se hicieron públicos los excesos que cometían sus jefes y soldados, y se trató de disculpar los de las tropas insurgentes; pero sobre todo, se procuró inflamar las masas, convirtiendo en un sentimiento común y popular el odio contra los españoles.

Allende y Abasolo se oponían á esas reuniones numerosas que no podían ser armadas, pagadas ni disciplinadas,

y que la experiencia había probado ya bastantemente ser si no perjudiciales, á lo menos inconducentes al objeto: Hidalgo, al contrario, todo lo esperaba de ellas, y aseguraba que si no se había vencido, era porque no se habían reunido las necesarias: esta terquedad en contrariar las disposiciones de los otros generales produjo entre ellos serias desavenencias; pero al fin el riesgo común los obligó á ceder á todos y reunir cuantos hombres quisieron presentarse, sin escluir ni aun una partida de siete mil indios flecheros de Colotlan, que ofreció y presentó D. José Maria Calvillo.

Entre tanto Allende, Abasolo y Aldama, convencidos de la necesidad de poner algun orden en estas fuerzas, se dedicaron á regimentar, completar y armar algunos cuerpos, tomando de las masas el número necesario para llenar las bajas casi totales que en las derrotas anteriores habían sufrido los regimientos que los seguían; pero no habiendo empezado sus trabajos sino en el último tercio de Diciembre, ya se deja conocer que en un mes escaso que desde entonces pasó hasta la batalla de Calderon, muy poco pudieron hacer, especialmente teniendo que habérselas con hombres que cuando se les quería someter á la disciplina se incomodaban y preferían agregarse á las masas destinadas á pelear. En medio de estas dificultades, cuyo tamaño hoy no se puede apreciar bastantemente, lograron armar y disciplinar medianamente siete batallones de infantería, seis escuadrones de caballería y dos compañías de artillería, que en todo formaban tres mil cuatrocientos hombres, fuerza muy inferior á la que podría presentar Calleja en número y disciplina. Esta consideración hacia presagiar mal á Allende del éxito de una batalla, y en una junta de guerra presidida por Hidalgo, procuró esforzarla hasta ponerla al alcance de los vocales de la junta, en su mayor parte poco peritos en el arte de la guerra. Muchos lograron penetrar la justicia de sus observaciones; pero otros ó porque no pudieron comprenderlas, ó por el inmenso ascendiente que Hidalgo tenía sobre ellos, votaron por la resistencia directa, y entonces ya no hubo otro remedio que prepararse á ella. Al efecto se hicieron conducir desde San Blas todas las piezas que componían su artillería gruesa, pero destruidas las cureñas por la fragosidad de las sierras y la aspereza de los caminos, muchas quedaron en ellos, y á Guadalajara llegaron cuarenta y tres, las mas de ellas desmontadas. Se trató, pues, de elegir el lugar del combate, y sobre esto volvió á haber diferencias; pero prevaleció por fin el dictamen de Allende y Abasolo, que despues de haber practicado varios reconocimientos, indicaron como mas ventajoso el puente de Calderon. Realmente este pun-

to ofrece ventajas para situarse, y en él pudo haberse hecho una defensa vigorosa.

Desde el 14 de Enero se empezó á conducir la artillería, municiones y todos los útiles de guerra escoltados por una fuerte division que mandaba D. José Antonio Torres: el 15 se levantaron tres baterías; la primera y principal, compuesta de sesenta y siete cañones de todos calibres, en la loma que se halla frente del puente; la segunda en la altura de la izquierda situada del puente para allá con doce bocas, y la tercera en otra altura del mismo lado, que está antes de pasar el rio con siete cañones. Al establecer estas baterías se advirtió que los cañones se hallaban mal montados en razon de la construccion imperfecta de las cureñas, que no permitian darles la direccion que el caso exigiese y de consiguiente ni apuntarlos de modo que los tiros fuesen certeros, sin embargo, se colocaron como se pudo y se dotaron con los competentes hombres y municiones.

La fuerza toda de Hidalgo, compuesta de noventa y tres mil hombres, se hallaba ya en el campo la mañana del 16: la infantería reglada se situó tras de las tres baterías en otras tantas columnas cerradas, y además se estableció una línea cuádrupla de batalla al costado izquierdo de la batería principal formando ángulo saliente con ella: la caballería de la misma clase se situó en los flancos de las baterías para apoyarlas; los flecheros debajo de ellas, y en el llano que se halla tras de las lomas de la izquierda, camino de Guadalajara, quedó lo que se puede llamar la reserva, compuesta de una multitud innumerable de gente desordenada sin armas ni concierto, y entre la cual se hallaban mas de quince mil caballos: la batería principal y la division que la sostenía se puso á las órdenes inmediatas de Torres; la de la izquierda del rio adentro á las de D. Juan Aldama, y la del mismo lado rio afuera á las de Portugal: Abasolo tomó á sus órdenes inmediatas toda la caballería, y Allende fué declarado comandante de todas las fuerzas y jefe de la accion, quedando Hidalgo con la reserva en el llano.

El virey Venegas, como se ha dicho ya, temeroso de un revés, no quería que solo el ejército del centro acometiese á las fuerzas de los insurgentes, sino que éstas fuesen atacadas en combinacion por las tres divisiones que se hallaban á las órdenes de Cordero, Cruz y Calleja, y al efecto tenía dadas á estos tres jefes las correspondientes órdenes: Cordero no pudo cumplirlas, por la defeccion de sus tropas, que sublevó á favor de la insurreccion el teniente coronel D. Ignacio Rilzondo; Cruz se preparaba á hacerlo, pero Calleja desde el principio se propuso no tener concurrente en el triunfo que se prometía y se apresuró á dar solo la accion antes que

el otro llegas. Las relaciones que entabló con Iriarte, y mas que todo las inteligencias que mantenía directamente en Guadalajara y en el campo enemigo, le dieron un perfecto conocimiento del estado de las cosas entre los insurgentes. Estas noticias y el estímulo de no partir con otro la gloria del triunfo, lo determinaron tambien á apresurar la accion. Las fuerzas con que contaba consistían en poco mas de seis mil hombres, casi la mitad de ellos de caballería, diez piezas de campaña y un inmenso repuesto de municiones; con ellas se presentó el dia 16 en las inmediaciones del puente de Calderon; en la tarde hizo un reconocimiento del campo enemigo, que lo confirmó en el propósito de acometer al dia siguiente, no habiendo hallado en él nada de temible sino el número. Campó, pues, á corta distancia en frente del puente, en lugar abierto, y allí pasó la noche sin ser incomodado, falta notable en los generales insurgentes, que pudiendo disponer de tantas fuerzas, no destacaron algunas guerrillas para incomodar y tener en vela al soldado enemigo, á quien por solo este hecho habrían hallado muy débil al dia siguiente.

La mañana del 17, los insurgentes distribuyeron su fuerza de la manera que va dicha, y además formaron una fuerte division que bajo las órdenes de Abasolo y situada al pié de las dos baterías y á la cabeza del puente defendiese su paso. Calleja, antes de empezar la accion, mandó al jefe de la artillería, D. Ramon Diez de Ortega, practicar un nuevo reconocimiento sobre las baterías insurgentes, y habiendo sabido que la puntería era muy alta y no podía mejorarse, formó tres fuertes columnas de ataque, una de caballería á las órdenes de D. Miguel de Emparán, para que acometiese por la derecha flanqueando la última batería de aquel lado: la otra mixta de infantería y caballería á las órdenes del conde de la Cadena, para que vadeando el rio, acometiese la division insurgente que apoyaba su costado sobre la batería principal, y la tercera compuesta toda de infantería á las órdenes del coronel Jalon para acometer por el centro: el mismo Calleja se quedó con la reserva para acudir adonde conviniese. La columna del conde de la Cadena pasó el rio y acometió con valor á la division de Torres, pero fué rechazada hasta por dos veces con pérdida considerable, y habiendo consumido todas sus municiones habria sido derrotada sin el refuerzo de D. Bernardo Villamil, que oportunamente mandado por Calleja, le permitió mantenerse, aunque sin poder avanzar. La columna de Emparán estaba mejor parada, pero no habia sufrido menos, pues además de que no podía avanzar, tenía ya bastantes muertos y heridos, contándose entre estos últimos su jefe. Las fuerzas del centro dirigidas por Calleja tomaron el

puente, y aunque detenidas por la resistencia que les oponía el valiente Abasolo, lograron abrirse paso por en medio de una lluvia de piedras y de balas, y atacar y tomar la batería de siete cañones situada río adentro en la loma de la izquierda. Obtenida esta ventaja y socorrido Empáran, que se hallaba en grandes apuros, mandó Calleja que él y el conde de la Cadena se replegasen con sus fuerzas sobre el centro para acometer la batería principal cuyos fuegos pasaban por alto. Con esta seguridad y hallándose todavía la acción indecisa, Calleja se resolvió á hacer el último esfuerzo y atacó por derecha, izquierda y centro las fuerzas que á las órdenes de Abasolo disputaban palmo á palmo el terreno, que era necesario franquear para llegar á la batería principal. Los insurgentes, despues de una resistencia prolongadísima y desventajosa, porque su misma multitud les impedía obrar, aun se sostenían, cuando por órden de Allende se dió fuego simultáneamente á las sesenta y siete piezas que componían la batería, é incendiado con él un pajon espeso y seco en una área considerable de terreno, produjo una grande humareda, que el viento, que les era contrario, arrojaba sobre ellos y les impedía ver y maniobrar. Este accidente y la firmeza de los ataques de las tropas de Calleja introdujo el desórden en los defensores de la batería que abandonaron, y puestos en fuga intimidaron á la inmensa masa que se hallaba en la reserva, la cual no tardó en hacer lo mismo. Allende, Abasolo y Aldama se mantuvieron sobre el campo y aun pretendieron prolongar la resistencia sobre la última batería de la derecha que se hallaba río afuera, ésta no tardó en ser atacada y fué tomada á poco tiempo; pero el que se empleó en apoderarse de ella fué bastante para que aquellas masas se pusiesen en salvo, logrando evitar la mayor parte de los que las componían el alcance de la caballería enemiga. Así se decidió por tercera vez la victoria á favor de los españoles, y ya no quedó duda de que el órden y la disciplina son siempre superiores al número; triste y tardío desengaño, pero muy útil á los que habian tomado por su cuenta la causa de la patria, que en lo sucesivo procuraron organizar sus fuerzas de otro modo y lograron prolongar la resistencia por diez años hasta el triunfo final que vino en 1821.

Es imposible saber ni aun calcular la pérdida de los insurgentes, pues ni ellos mismos se hallaban en estado de valuarla: la de los españoles segun las noticias mas seguras, pasó de quinientos muertos ó mal heridos, y entre ellos se cuenta al segundo gefe del ejército conde de la Cadena, cuyo cadáver se halló al día siguiente traspasado de muchísimas heridas. Los insurgentes y las tropas vireinales pelearon todos valientemente: Allende, Aldama, Abasolo, Torres, Por-

tugal y Navarro se señalaron entre los primeros; de los segundos empezaron á ser conocidos y fijar la atención del público los oficiales entonces subalternos y despues generales de la república D. José Moran y D. Anastasio Bustamante, lo mismo que D. Máximo Garro.

Calleja se mantuvo sobre el campo de batalla hasta el 21 de Enero en que ocupó á Guadalajara llevando consigo los prisioneros que mandó diezmar, y pasó por las armas á los que les toco en suerte segun lo tenia por costumbre. Algunas horas despues entro la division de Cruz, y sin haberse detenido mas que el tiempo preciso para descansar, salió en persecucion de la partida del cura Mercado que ocupaba á San Blas y Tepic; pero antes de que llegase, el párroco de San Blas D. Nicolas Verdín la noche del 31 de Enero formó una contrarrevolucion á favor del gobierno español y aprehendió á los principales jefes insurgentes menos al presbitero Mercado, que p reteniendo salvarse se dejó ir por un precipicio y pericó de la caída. Cruz entró á Tepic sin oposicion, pasó en seguida á San Blas y en ambos puntos mandó fusilar á varias personas, una de las cuales fué el padre del cura Mercado.

El virey Venegas reprendió severamente á todas las autoridades de Guadalajara que de grado ó por fuerza de las circunstancias habian hecho actos que su Intolerancia interpretaba aprobatorios de la insurreccion: todas ellas fueron obligadas á dar una satisfaccion pública y á desdecirse de lo poco ó mucho que habian expresado en los actos públicos y oficiales dirigidos á los jefes insurgentes. Al presidente D. Roque Abarca se le hicieron cargos poco justos por la pérdida de la ciudad y se le depuso de su destino nombrándose á D. José de la Cruz para que le sucediese.

En Méjico se celebró esta derrota como decisiva de la causa de la insurreccion; hubo novenarios de acciones de gracias en casi todos los templos y conventos, especialmente los de monjas, y se dispuso una procesion tan solemne como la del Corpus.

Las fuerzas de Hidalgo que no pertenecian á la clase de las masas, se retiraron á Aguascalientes, donde se hallaba Iriarte con una division de dos mil quinientos hombres. Este jefe, que se habia puesto en relaciones con Calleja, se dejó engañar por el general español, que le lisonjeó haciéndole promesas halagüeñas de recibirlo en su ejército con el grado de coronel hasta que por este medio logró recobrar á su esposa: desde este momento cesó la negociacion, se olvidaron las promesas, y entonces Iriarte tuvo ya por mejor partido disimular lo que habia pasado y continuar al servicio de la causa que tanto habia deshonrado. Aunque Allende y los

demas gefes habian penetrado estos manejos, el riesgo comun hizo que los disimulasen y por entonces solo se trató de retirarse de Aguascalientes, donde podian ser pronta y fácilmente acometidos por Calleja: asi lo hicieron dirijiéndose á Zacatecas; pero urjiendo tomar algunas resoluciones que no podian diferirse, hicieron alto en la hacienda del Pabellon.

Allende y Abasolo, que tanto se habian opuesto á que se presentase accion á las tropas de Calleja, irritados sobre manera con la perdida sufrida en Calderon, trataron seriamente de deponer á Hidalgo, ó á lo menos de separarse de él si los demas se empeñaban en sostenerlo. Al efecto provocaron una junta de guerra, y sostuvieron era necesario que Hidalgo dejase el mando, protestando que ellos no continuarían á sus ordenes. D. Ignacio Rayon propuso que se dividiese el mando político del militar, quedando Hidalgo con el primero y Allende con el segundo. Este temperamento contentó á todos los gefes, que se persuadieron podian conciliar á virtud de él los respetos debidos á H. algo, con la mejor direccion que se prometian de Allende en los negocios de la guerra. Pero la hora de los primeros gefes de la insurreccion habia sonado ya y sus destinos estaban cumplidos en la revolucion emprendida. La desercion que sufrían, las pocas fuerzas con que contaban y el desaliento que se advertia en ellas, hizo que en Zacatecas se resolviese internarse á las provincias del Norte, de las cuales Coahuila, Tejas y una parte del Nuevo-Santander hoy Tamaulipas, se hallaban pronunciados por la insurreccion.

Salió pues de Zacatecas el pequeño ejército con direccion al Saltillo, capital de Coahuila, y sus diversas divisiones tomaron el camino que va á esta villa por las Salinas, Charcas, el Venado y Matachuala. En este punto quedaron todas las cargas en que iban los equipajes, caudales y municiones, y Allende se adelantó para socorrer al general D. Mariano Jimenez que se hallaba en visperas de ser atacado.

Este gefe habia salido antes de la derrota de Calderon para propagar la insurreccion en las provincias internas, y el 20 de Enero con una division corta pero de fuerza reglada, aguardó en el puerto del Carnero al teniente coronel D. Manuel de Ochoa, gobernador de Coahuila por los Españoles, que venia á atacarlo: la accion fue corta pero reñida, y Ochoa fué desbaratado completamente debiendo su salvacion á la fuga. Algun tiempo despues se presentó D. Antonio Cordero que despues de la defeccion de sus tropas habia logrado rehacerse con fuerzas de Durango, y con ellas acometió á las de Jimenez en Agua-Nueva precisamente en el momento que Allende se le reunia. Cordero tuvo peor suerte que Ochoa,

pues no solo fué batido, sino que sus mismos soldados lo entregaron prisionero.

Allende y Jimenez se trasladaron al Saltillo y algunos dias despues fueron llegando las divisiones que habian quedado atrás y reunidas con las de Jimenez formaron un total de cuatro mil hombres. En esta villa recibió la pretension del teniente coronel Elizondo para que se le nombrase teniente general en premio de haberse pronunciado contra el gobierno español, atrayendo á la insurreccion la mayor parte de las provincias del nuevo reino de Leon, Nuevo Santander y Coahuila. Extraño parece que despues de tanta profusion de grados y ascensos se rehusase á Elizondo lo que pedia; pero Allende quiso mal á propósito y cuando se hallaba débil empezar una reforma que habria sido muy útil hacer algunos meses antes. Elizondo se ofendió y disimuló su disgusto; pero habiéndose encontrado accidentalmente ó de propósito con el obispo de Monterey, D. Primo Feliciano Marin, que se fugaba con el objeto de embarcarse para llegar á México por Veracruz, entró en materia con él sobre el desaire que habia sufrido: el obispo aprovechó la ocasion para persuadirlo á que se separase de los insurgentes y volviese á la obediencia del gobierno español: Elizondo prometió hacerlo, y ó por resolucion emanada del mismo, ó por las sugerencias del obispo, concibió el plan que despues puso en ejecucion, de apoderarse de los jefes insurgentes y entregarlos á las autoridades españolas.

Por este tiempo parece haber recibido Hidalgo y los demas jefes de la insurreccion alguna comunicacion directa del virey Venegas ofreciéndoles el indulto; asi lo persuadé una minuta de contestacion que se encontró entre sus papeles, datada en el Saltillo, y en la cual se rehusaron á admitirlo; conducta honrosa por cierto en circunstancias tan apuradas para ellos, y tales, que los obligaron á tomar la resolucion de retirarse á los Estados-Unidos del Norte. En los primeros dias de Marzo se anunció esta retirada, diciendo que su objeto era proporcionar en la nacion vecina para la consecucion de la independendia los auxilios y medios de pelear contra las tropas españolas que estaban agotados en el vireinato. Esta resolucion, tomada por Hidalgo y Allende, no pareció bien á los demas, que no veian en ella sino una fuga mal disfrazada, para ponerse á cubierto de los riesgos en que se les dejaba. Se quiso que Abasolo quedase con el mando; pero resentido de que sus compañeros pretendiesen dejarlo en el riesgo de que ellos querian salvarse, se rehusó á hacerlo, declarando que también se hallaba resuelto á salir del país.

En estas circunstancias, las mas tristes por cierto, un hombre ilustre en los fastos de la revolucion echó sobre sus hom-

bros la causa de la patria que todos rehusaban, y la sacó por en medio de riesgos y peligros inauditos á puerto de salvamento: este fué D. Ignacio Rayon, que fué nombrado jefe sumero, y cuya famosa retirada se referirá otra vez. Resignado el mando, y libros ya de este cuidado, solo se ocuparon de ponerse en camino y salvar lo mas pronto la frontera los jefes D. Miguel Hidalgo, D. Ignacio Allende, D. Mariano Abasolo, D. Juan Aldama y D. Mariano Jimenez, y algunos otros de menos importancia, todos en catorce coches: para su escolta y defensa se eligió una partida de cerca de mil hombres, veinticuatro cañones de cuatro, seis y ocho, cinco carros de municiones con diez y ocho tercios de balas y veintidos cajones de pólvora.

El día 11 de marzo salió del Saltillo esta especie de caravana é hizo camino hacia Monclova por Santa Maria, Anelo, Punta del Espinazo del Diablo, Salida del Espinazo del Diablo y Acatita de Bajan: la marcha fué lenta y penosa por lo crecido de los equipajes, la falta de subsistencias en aquellos despoblados para tanta gente, y sobre todo, por la escasez de aguas, pues las siete norias del tránsito, únicas que las ministran, estaban ensolvadas por disposicion de Elizondo, segun se supo despues.

Este jefe, resuelto á sorprender como va dicho á los fugitivos, se puso de acuerdo con D. Manuel de Ochoa, gobernador de la provincia, y que se hallaba en Monclova, y salió de este lugar con su fuerza compuesta de trescientos cuarenta y dos hombres el 19 de Marzo, para verificarlo situándose en Acatita de Bajan el 20. El proyecto de Elizondo y las inteligencias con Ochoa no fueron tan secretas que dejasen de traslucirse: la mujer de Abasolo, Doña Manuela Taboada, tuvo noticia segura de ellas, y las puso en conocimiento de Hidalgo, que hizo otro tanto con Allende; pero éste desprecio el aviso y la marcha continuó. El 21 por la mañana enciñó el aviso y diez se presentó una descubierta de Allende compuesta de seis hombres, que las tropas de Elizondo dejaron pasar, y que fueron arrestados luego que se hallaron en el centro de éste: la vanguardia, compuesta de setenta hombres, corrió la misma suerte, siendo fáciles estas sorpresas, así por la absoluta confianza con que se caminaba por entre tropas que se consideraban amigas, como porque en aquel punto el camino hacia alguna inflexion para rodear una pequeña loma, tras de la cual se hallaba oculto el grueso de las fuerzas de Elizondo, que ponía en ejecucion los arrestos sin ser visto de los que venian atrás. Así se practicó con cuatro secciones de las que componian la caravana; pero la quinta, en la que iba un coche con señoras y escolta de catorce hombres, no se rindió sin haber hecho resistencia y dispa-

do algunos tiros, que oidos por los que venian atrás, entraron en sospechas. Sin embargo, ya era tarde para poderse defender, pues la vanguardia, habiendo sido ya sorprendida, se hallaba fuera de combate, y la retaguardia, donde venia la fuerza principal capaz de entrar en accion con Elizondo, se hallaba á mas de una legua de distancia. Así se fueron entregando todos sin oposicion á sus aprehensores hasta que llegó su vez al hijo de Allende, que disparó á Elizondo una pistola; y habiendo errado el tiro recibió otro contrario que lo dejó muerto en el acto: Hidalgo venia al último y se rindió cuando le tocó su vez. Presos ya todos los jefes, el comandante español marchó á encontrar la retaguardia antes que recibiese aviso de lo ocurrido y logró sorprenderla de manera que cayó toda en su poder casi sin oposicion. Los presos de pronto conducidos á Monticua, lugar distante como tres leguas, de donde se los trasladó á Chihuahua, residencia del comandante general de provincias internas, D. Nemesio Salcedo, que siendo independiente del vireinato, se avocó el conocimiento de sus causas, y procedió por sí mismo á hacerles cargos, sentenciarlos y ejecutarlos.

En 1.º de Mayo empezaron las ejecuciones en los prisioneros de mas importancia y continuaron hasta 31 de julio en que la sufrió Hidalgo. Elizondo recibió órden de Salcedo para remitir á Chihuahua los principales jefes, pasar por las armas á todos los oficiales de aférez para arriba, y repartir los soldados entre los dueños de las haciendas vecinas, donde deberian ser sometidos á trabajos forzados.

La noticia de la prision de los principales jefes insurgentes se propagó rápidamente por toda la estension del vireinato, y el concepto que con ella terminaba la insurreccion fué general en los primeros momentos. Elizondo continuó en el interior mandando algunas fuerzas por algun tiempo, hasta que un español fingiéndose loco lo asesinó: así murió destestado de muchos, sentido de nadie, no premiado por el gobierno, ni aun castigado su asesino, un hombre que creyó hacer fortuna, adquirir honores y riquezas con su traicion.

De todos los gefes que se hicieron prisioneros, no logró salvar la vida sino el general D. Mariano Abasolo, á quien se le vendió como un favor muy señalado, condenarlo á deportacion á España, prision perpetua y confiscacion de todos sus bienes. En este asunto lo sirvieron bien y empeñosamente los españoles que salvó; pero su esposa fué quien puso en accion todos estos resortes que hubieran quedado inertes sin la cooperacion de esta ilustre mejicana. Doña Manuela Taboada, nacida de una familia rica y principal del pueblo de Chamacuero, en el Estado de Guanajuato, habia casado un año antes de empezar la insurreccion con Aba-

solo. Luego que su marido fué preso, se revistió de una energía superior á su edad, á su delicadeza y á su sexo, se presentó á los que debían condenarlo, y sus reclamaciones, apoyadas de sus lágrimas y de las protestas de justificar los servicios de su marido á muchos españoles, le hicieron obtener una especie de promesa de dilatar la resolución final del negocio hasta que ella pudiese presentar los documentos que necesitaba. Luego que la obtuvo, con los pequeños socorros que algunos le prestaron, emprendió su camino y parte á pie, parte en un asno, se presentó en Guadalajara, pasó al ejército de Calleja, e tuvo en Querétaro, en Méjico y en todas partes rogó, suplicó, é interesó á cuantos pudo á favor de su marido. Despues de haber sufrido mil desaires, mortificaciones y eses, de haber atravesado el vi camino dos veces y corrido de la manera mas incómoda cerca de setecientas leguas, logró, por recomendaciones y empleos, salvar la vida de Abasolo, y se resolvió á acompañarlo en su deportación á España; pero confiscados los bienes de éste por el gobierno español, y arruinados los suyos en consecuencia de la revolucion, carecia de los medios necesarios para ver ficarlo. Entonces haciendo un esfuerzo sobre sí misma, reunió todas sus alhajas, y pasando mil privaciones para llegar con ellas á Veracruz, donde debia embarcarse en su marido, las presentó todas al comandante de la fragata *Prueba*, D. Javier Ulloa, ofrecéndoselas en pago de su pasaje, y protestándole que si ellas no alcanzaban, no tenia mas para completar su valor. Compadecido de su desgracia, el capitán rehusó gene osamente la oferta, y la llevó en compañía de su marido, sin quererla recibir nada. Si el gobierno de las córtes hubiera continuado, la suerte de Abasolo habria sido menos dura y esta era la esperanza de su muger, que salió de Veracruz á principios de 1814; pero al llegar ellos á Cádiz, el congreso habia sido disuelto, y Fernando nacia padeciendo, gobernaba sin sujecion á las leyes. Abasolo salió del puerto para la cárcel pública, y su muger sola y sin conocer á nadie, anduvo vagando por la ciudad hasta que por gran favor le permitieron ser alojada con su marido en la prision: despues fue on ambos trasladados al castillo de Santa Catarina, donde permanecieron en la miseria y desamparo que los americanos al visiban á gunas veces como podian, hasta que en 1819 Abasolo murió, y la señora se restituyó á su patria.

De los demas gefes que se consideraban como principales en el pronunciamiento de Dolores, ninguno escapó, y todos fueron condenados á morir. La causa que se les formó es uno de los procesos mas irregulares y caprichosos que se han visto en Méjico: desconocido en las leyes, sin ser civil

ni militar, participaba del carácter de ambos y aun del eclesiástico por lo relativo á Hidalgo; no hubo mas que declaraciones y cargos; no aparecen en él defensas ni apelaciones: finalmente, el tribunal fué una especie de consejo de guerra con el comandante general y un asesor, y los reos permanecieron incomunicados y cargados de prisiones que les impedían el uso de todos sus miembros desde su aprehension hasta el patibulo. Los cargos que hicieron á Hidalgo, Alende, Aldama y Jimenez fueron casi los mismos; todos confesaron haberse sublevado contra el gobierno, y haber hecho cuanto e tuvieron conducente á lograr la independencia; todos fueron condenados á ser pasados por las armas y á que sus cabezas fuesen colocadas en Granaditas, Alhóndiga de Guanajuato; los tres primeros sufrieron la muerte el dia 26, y el último el 31 de julio de 1811 en la ciudad de Chihuahua, y allí fueron sepultados, trasladándose sus cabezas á Guanajuato, donde permanecieron fijadas á la espectacion pública hasta 1821, en que el general D. Anastasio Bustamante, pronunciado ya por la independencia, las mandó quitar é hizo fuesen sepultadas, próvio un servicio fúnebre dedicado á su memoria.

Así acabaron los primeros caudillos que tomaron por su cuenta la independencia de la patria: sus errores, sus equivocaciones, sus debilidades, desaparecen á la vista de sus desgracias, y sobre todo, del imponderable servicio de haber emprendido una revolucion pernicioso, destructiva y desordenada, es verdad, pero indispensablemente necesaria en el estado á que habian llegado las cosas, y que abria el camino á otra ordenada, benéfica y gloriosa. El heroismo con que se votaron á la muerte estos primeros camañones abrió la gran cuestion en que deb an debatirse y establecerse los principios del órden, de la justicia y de la libertad pública, sobre las ruinas de robustas é inveteradas preocupaciones; creó medios de resistencia que, perfeccionados y robustecidos por la esperiencia y por el tiempo, habian de traer despues de algunos años el triunfo final y decisivo, é imprimió de una manera inextinguible en el pueblo mexicano el sentimiento de su dignidad y de sus fuerzas: ellos murieron; la historia contará sus proezas y debilidades, y el mundo no podrá negarles el tributo de gloria debido á los que tan eficazmente han contribuido á mejorar la suerte de ocho millones de hombres, y á aumentar el número de las naciones de la tierra.

(Continuará la segunda parte.)